

CIRIACO LANDOLFI

Habitaciones de la Luz
Capilla de los Remedios • 8 Diciembre, 1992 / 8 Enero, 1993



Habitaciones de la Luz

Por Ciriaco Landolfi

Confieso que en el trayecto de Hallazgo de un Tiempo Perdido tuve que esforzarme en conocer la luz porque antes, durante casi toda mi vida, no paré mientes en el deslumbrante prodigio de su ministerio y si pensé en su oficio —lo que no recuerdo bien— la reflexión debió enredarse en alguna metáfora decimonónica con el sol como sujeto del mecanismo comparativo: una lámpara colosal de voltios desconsiderados que en el tiovivo inmemorial y cotidiano de su ejercicio decrece en el véspero hasta convertirse en celestina cordial de travesuras. Me propuse entonces ser amigo y confidente de la luz a pesar de imaginarla casquivana en sus tonalidades, a veces irascible de temperamento, de



carácter huidizo —aunque nos avasalle por todas partes hasta en el dibujo exacto de la sombra flexible y obediente al movimiento— y sensitiva en sus horas pico: explosiva cuando se levanta y cauta y sensual cuando se acuesta.

Me ha sido difícil amistar-me con la luz, intimar con ella, adaptarme a sus humoradas y desplantes,

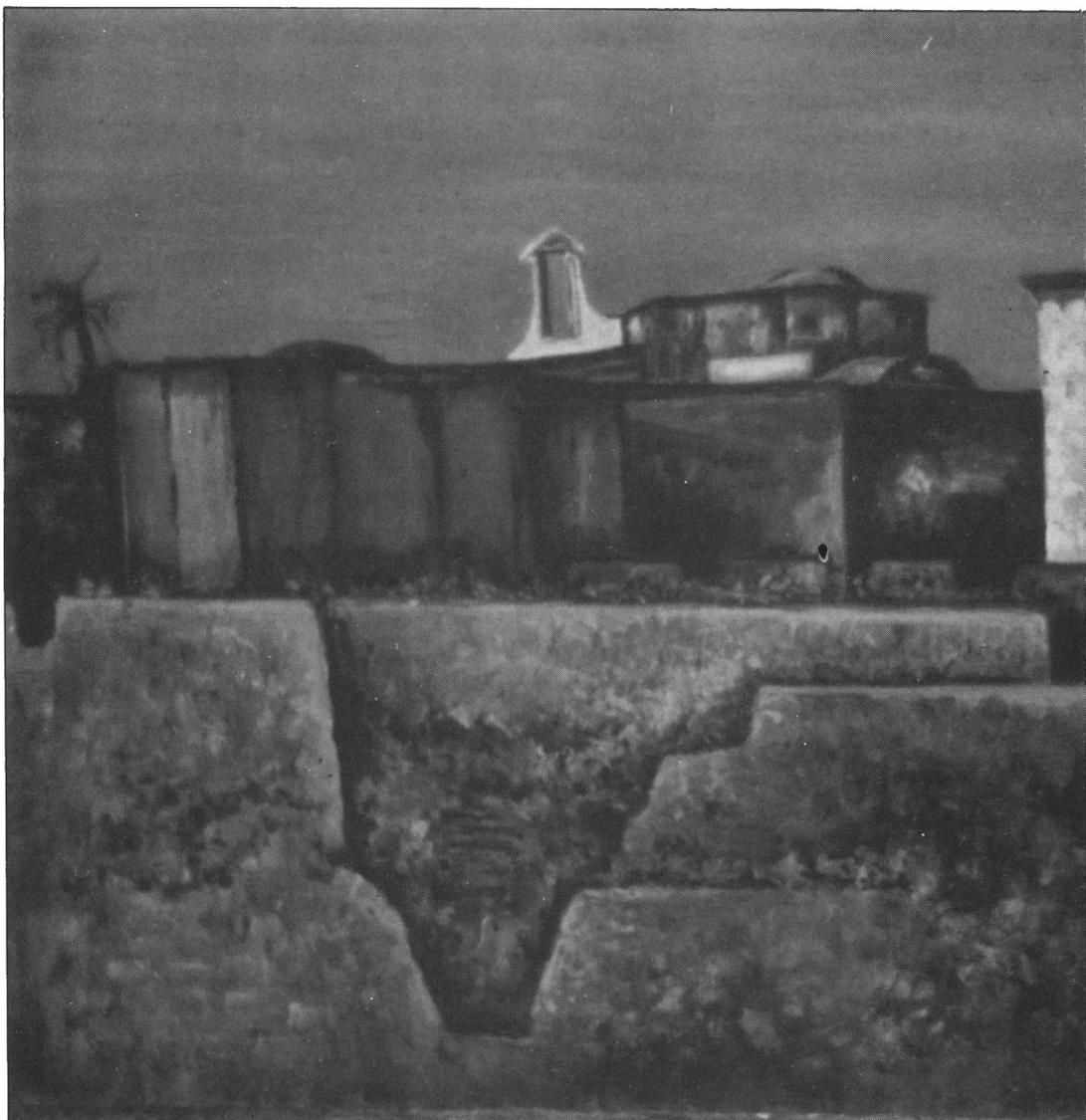
y aunque no me ha hecho caso me he propuesto, osado y presuntuoso, ser una suerte de tornero de su llamarada: calibrar su intensidad, pulir sus entornos y ajustar su masa incandescente a las aristas de la naturaleza que inunda y califica —que es como acomodar con cierta aproximación la carga ardiente que deposita en sus habitaciones— y así me cité ante la tela todos los días y la acometé con mucha más audacia que pericia.

Ningún reto o desafío mayor ni más señorial divertimento ante la luz: descubrir o inventar sus oscilaciones, parcelar la magnitud de su soberanía, disciplinar sus jugueteos con el viento e invitarla a dormir sin retorno en mis óleos con los poros abiertos y oxigenados ha sido mi trabajo pictórico en algo más de un año en brega desigual con otras de mis obligaciones como las de Profesor investigador de la Universidad Autónoma de Santo Domingo en el ámbito de la Historia y embajador de la República, Encargado de los Asuntos Haitianos.

Ninguna aventura más rica ni intensa he vivido. Pido excusas formales por la demasía no correspondida de cortejar la luz a pesar del esfuerzo tozudo de mis credenciales de amante. Supongo que debe vivir lejos de la realidad quien aspire a fijar un conmutador a su potencia o a graduar sus bujías caprichosamente o a espiar sus movimientos con la intención insana de fosilizarlos en un óleo. Ningún intento más absurdo ni más hermoso: pretender la mano de la inquilina despreocupada y eterna de la vastedad universal. O aun el más ligero y acomodaticio: alcanzar señorío en sus habitaciones.

14 de noviembre de 1992.





Noticias de la Luz

De Ciriaco Landolfi, en los días irrecuperables de una Universidad Autónoma antiquísima y vociferante, cuando en los parques perennes del verano estallaba la clorofila y las ofensivas lacrimógenas nos averiguaban artificialmente el corazón, guardo una imagen nítida, que el tiempo, con sus tozudeces y sus bendiciones, no ha borrado.

Llegaba al aula con suprema elegancia y allí, frente a todos nosotros, desataba el hechizo barroco de su palabra innegablemente autoriza-

da. Era un señor de la cátedra. Luego, en los pasillos populosos de Humanidades, era el amigo cordial que sugería un título de lectura o brindaba un estímulo transparente al joven escritor enfebrecido y acaso, sin dudas, despistado.

Los años han fortalecido la amistad. Ciriaco Landolfi —escritor, historiador, poeta, ensayista, diplomático, periodista— estuvo siempre cerca de los más jóvenes porque está siempre inapelablemente cerca de la vida. Maestro del deseo como todo poeta, hunde sus jubi-





losas anclas reales en la totalidad acuciante de la vida.

Así descifra la política, la amistad, el humor eternamente refrescante, los años que pasan, la obra que construye a golpes de cincel profundo y visionario. Es, desde luego, maestro de gentilezas incansables.

Como filósofo de lo dominicano, ocupa tal vez el sitio más señero de su generación. Ha erigido un *corpus* coherente, henchido de sabias sugerencias, que prolonga la linajuda reflexión de José Gabriel

García, de Federico Henríquez y Carvajal, de Emiliano Tejera, de Américo Lugo, de José Ramón López, de Manuel Arturo Peña Batlle y de Joaquín Balaguer. Sus trabajos sobre la cultura dominicana son, sin discusión, ejemplares, y de consulta obligada entre especialistas.

Hizo de la poesía una pasión soterrada, discreta, medida, pero perpetua y ardiente. Es, en rigor, un poeta. Es la poesía la que organiza su existencia: sus lances de caballero de la diplomacia, su luenga aventura universitaria, sus espléndidos libros de historiador enjundioso, su certera y precavida sabiduría de político, sus agudas visiones de periodista y su indeclinable elección como ciudadano de la alegría. Por ese camino llegó a la pintura. Yo puedo hablar de sus colores y de sus trazos. Yo los toco, los celebro, los bailo, los proclamo, los vivo largamente a su sombra de amigo. Yo puedo hablar del amigo. Ayer llenaba de noticias nuestra voracidad. Hoy llena de luz nuestros ojos.

El artista siempre está ahí. Nunca da pasos perdidos. Regresa a beber, como amo de la memoria que es, de los manantiales luminosos, y da con los colores dominicanos, con esas escenas criollas que en el lienzo anuncian la alabanza y la ovación. Vive en su ternura la nostalgia lluviosa de lo nuestro. Ciriaco Landolfi nos da ahora noticias de la luz, que yo entiendo como noticias de la más pura amistad: amistad por la vida, amistad por la libertad. Estas son las apuestas eternas. A un hombre —a una vida de hombre— no se le pide más.

ENRIQUILLO SANCHEZ

Santo Domingo, 15 de octubre de 1991.



De Paisajes y de Hidalguías

Para escapar de la sañuda rutina de Landolfi, CirLan se refugia en un breve agujero de la tarde. El hueco, al principio, está repleto de palmeras, de arreboles, de bajamares. Allí se deshace el crepúsculo en murmuraciones de salitre y rosicler. En la frágil estancia no caben más anchuras, ni otras memorias, ni nuevas refulgencias. Y CirLan, en su recogimiento, se percibe dichoso.

Ahíto de circunstancias, luego, el artista deviene monarca ufano del encierro. El albergue, en contraste, se torna abierto de espacios y de tiempos. Acuden a él las voces, los matices, las cautelas. El pequeño recinto crece hasta linderos de dilatada opalescencia. CirLan ha descubierto las hechuras cotidianas. Vocablos de luz virginal se agolpan en las tenues lumbreras del silencio. La mirada construye el emblema gentilicio en cada recuadro de la brisa. Como desprendida del rostro de Artemisa de Efeso, una luz negra envuelve amapolas, edificios, cocoteros. Y el refugio se embriaga de orígenes, de oscuridades, de germinaciones. La lisa covacha medra y florece hasta espigarse en *Habitaciones de la Luz*.

La ojeada de CirLan es inmediata, directa, urgente. Pinta él lo que ve, no lo que recuerda. El color brota con júbilo, cargado de retumbos. Como en la verde mocedad, el argumento es siempre subalterno del entusiasmo. La marina, el bosque, el paisaje idílico, en suma, constituyen simples alegatos que guían un ardor largamente reprimido. La coloración es amable y abigarrada. Inagotable el frenesí creador. Treinta imágenes han de recorrer el trayec-

to que media entre la emoción y el lienzo.

Mucho tiene Ciriaco Landolfi, y mucho da. Su heterónimo —CirLan, guía numinoso en el Hallazgo del Tiempo Perdido—, escribe con el señorío de la luz las estrofas que Landolfi, el poeta, rehusa aprisionar en vocablos. Antes que Landolfi, otros escritores —Díaz Ordóñez, Churchill, Andrés Avelino, Sábato— han atemperado el arrebatado de la palabra en el dócil letargo de los objetos.

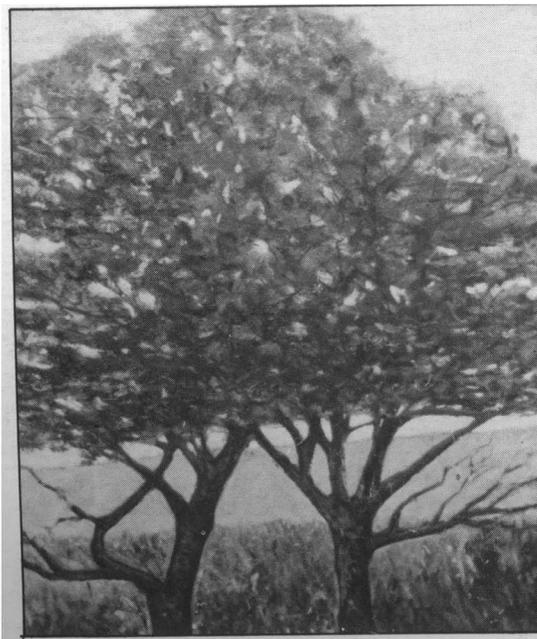
Si la poesía llega a la filosofía moral, la pintura hurga en las entrañas de la filosofía natural. Todas las poesías de un poeta son instantes de una sola poesía, como toda la obra de un pintor propone la hipótesis de una imagen única. Aun más: todo el arte de todos los hombres —desde Homero hasta Vallejo, desde el bisonte de Altamira hasta Picasso— no es sino la biografía de un hechizo, el fáustico relato de un asombro, el sueño yermo de una eternidad que se disuelve fatalmente en dos ausencias.

De Ciriaco Landolfi conozco muchas cosas. Sé, por ejemplo, que eligió vivir antes que codiciar; que su fruición de hacer es sólo comparable a su gozo de amar; que dispone de ciertos amigos —de amigos ciertos—; que su instancia vital es módulo de plenitud humana, de vehemencia humana.

De CirLan, en cambio, muy poco entiendo. Si sé que con la sencillez de estos bocetos agrega al misterio de la vida claridades de luz in-creada.

PEDRO DELGADO MALAGON
19 de noviembre de 1992.





Catálogo

Oleos

1. Palma real.
2. Casita de campo.
3. Atardecer en la bahía.
4. En Casa de Bastidas.
5. Opalo de la noche.
6. Paisaje del sur.
7. Marina en el alba.
8. Marina crepuscular.
9. La noche en el puerto.
10. Marina.
11. Al borde del río.
12. Mar abierto.
13. Montañas.
14. Fantasía natural.
15. El río en su soledad.
16. Reflejos.
17. El valle.
18. El coquero.
19. Simetría vegetal.
20. Baño matinal del día.
21. Trópico isleño.
22. Conjunto colonial.
23. Lago Enriquillo.
24. Esquina del Parque Colón.
25. Montaña y tierra.
26. Duelo de gallos (1).
27. Duelo de gallos (2).
28. Paisaje ribereño.
29. Valle del Cibao.
30. Reposo.



COMISION DOMINICANA PERMANENTE
PARA LA CELEBRACION DEL QUINTO CENTENARIO
DEL DESCUBRIMIENTO Y EVANGELIZACION DE AMERICA

Diseño y arte final: Lissette Saleme • Impresión: Amigo del Hogar

